

El final del espejismo

The end of the mirage

Jesús Ángel Sánchez Moreno

Fedecaria
jasutk@gmail.com

Recibido en noviembre de 2023

Aceptado en diciembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28397

RESUMEN

El presente artículo es una aproximación a la interpretación del mundo actual, de ese mundo que se escribe en clave de Totalcapitalismo. En tiempos en los que la cultura del instantaneísmo convierte a muchos análisis en pura cacofonía, urge situar todo proceso de interpretación de lo que acontece en mirada genealógica que anule la miseria de pensamiento cuando este sucumbe al totalitarismo del instante. La línea argumental sobre la que descansa el análisis que aquí se propone se ancla en el concepto “ingeniería del consentimiento” (Bernays) como aquello que puede hacernos comprender la deriva social desde la conciencia de un nosotros a su disolución en un yo modelado en la credulidad. Esta nace de una crisis fundamental: los criterios de verificación, más que la verdad, han quedado suspendidos en aras de seguir el ritmo de un mundo regido por el modelo triunfante de las sociedades del control. Estas son, a su vez, fruto de la evolución de unos dispositivos, tanto en el sentido de aparatos como en el más propiamente foucaultiano, que han dado vida al mundo 2.0, a la algoritmocracia y a la gran derrota de las bases democráticas al disolver al sujeto-ciudadano en un puro perfil. El triunfo de la sociedad de los individuos previsibles (los perfiles) supone el éxito del modelo más perfeccionado de control que sustituye al viejo Panóptico por un sistema más eficaz y eficiente de dominación.

Palabras clave: totalcapitalismo, crisis de la democracia, sociedades del control, algoritmocracia.

Referencia

Sánchez Moreno, J. A. (2024). El final del espejismo. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 33-50. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28397

ABSTRACT

This article is an approach to the interpretation of today's world, a world that is written in the key of Totalcapitalism. In times when the culture of instantaneity turns many analyses into pure cacophony, it is urgent to situate any process of interpretation of what is happening in a genealogical gaze that cancels out the misery of thought when it succumbs to the totalitarianism of the instant. The line of argument on which the analysis proposed here rests is anchored in the concept of “engineering consent” (Barneys) as that which can make us understand the social drift from the consciousness of an “us” to its dissolution into an “I” modelled on credulity. This stems from a fundamental crisis: the criteria of verification, rather than truth, have been suspended in order to keep pace with a world governed by the triumphant model of societies of control. These are, in turn, the fruit of the evolution of devices, both in the sense of apparatuses and in the more properly Foucauldian sense, which have given life to the world 2.0, to the algorithmocracy and to the great defeat of the democratic foundations by dissolving the citizen-subject into a pure profile. The triumph of the society of predictable individuals (the profiles) supposes the success of the most perfected model of control that replaces the old Panopticon with a more effective and efficient system of domination.

Keywords: total capitalism, crisis of democracy, societies of control, algorithmocracy.

PREÁMBULO

No vivimos en un interregno sino en lo que emerge cuando nos estrellamos contra un espejismo. Me sirvo de dos citas del mismo autor, Chirbes, como coordenadas iniciales. En 2007, a punto de estallar la Gran Crisis, el novelista valenciano escribe: “Se hundió el Titanic. Fin del espejismo”. En 2013, cuando desde el neoliberalismo depredador nos decían que habíamos superado la crisis, Chirbes escribe: “La democracia es un disolvente social”. A buen seguro que esta segunda cita despertará cierto rechazo porque son palabras gruesas. Unamos ambas citas en un mismo proceso: entre 2007 y 2013 asistimos al hundimiento de un Titanic llamado democracia liberal y Welfare State; ha sido un naufragio que deja un buen reguero de cadáveres, pero ha sido un hundimiento fácil, pues no en vano ese Titanic era un simple espejismo.

España como ejemplo. 2011, primavera. 15-M. Las plazas españolas se pueblan de voces coreando eslóganes que parecen querer emular aquellos lemas surgidos en otro mayo, 1968, momificado en mito. La rebelión de los indignados. En diciembre de ese 2011, los gritos de la indignación se disolvieron en unas urnas que concedieron el poder al PP con una aplastante mayoría absoluta que les permitiría proceder a desguazar cómodamente el sistema democrático liberal y su estado del bienestar. El clamor de aquel 15 M, puro ruido sin furia, se convertía en síntoma que, al parecer, no se quiso ver. En 2013, el colectivo *Cul de Sac* analiza ese estallido de indignación en un opúsculo titulado *15 M. Obedecer bajo la forma de la rebelión. Tesis sobre la indignación y su tiempo*. La tesis que sostienen es implacable: “Cuando la sumisión está tan arraigada usa la forma de la rebelión para afirmar su renuncia” (2013, p. 22). Para este colectivo, los indignados actuaban siguiendo la lógica del cliente que descontento con la dinámica del sistema pide la carta de reclamaciones para exigir no tanto la impugnación total del mismo como exigir que volviera a funcionar como venía haciéndolo antes de 2008. “En nuestros días la movilización se realiza exclusivamente para la defensa de lo existente y no para su cuestionamiento radical” (Cul de Sac, 2013, p. 40); es lo que este colectivo denominará “rendición sostenible” (Cul de Sac, 2013, p. 26). Participé en algunos de los actos de ese 15 M y no puedo sino admitir como correcto este diagnóstico.

¿ES NUESTRO PRESENTE UN INTERREGNO?

Surge ahora la pregunta: ¿vivimos en una etapa que corresponde ser denominada interregno? Si nos atenemos a lo expresado en no pocos trabajos, la

respuesta es un sí. Pero cuando analizo la situación con más detenimiento considero que no, no estamos en un interregno. Este se caracteriza por ser un tiempo en el que un mundo viejo no termina de desaparecer y el mundo que viene a sustituirlo no acaba de imponerse. Lo nuevo contra lo viejo. Dos mundos, dos procesos. Sin embargo, el Totalcapitalismo no es un mundo nuevo y se ajusta más bien a aquello que recomendaba Horkheimer: no hay que volver al pasado sino recuperar los proyectos no realizados porque aún no se habían dado las condiciones adecuadas. El mundo del Totalcapitalismo supone la realización plena del proyecto que siempre ha defendido el capitalismo y que a lo largo de su historia ha intentado implantar sin éxito pleno hasta que logró configurar el contexto adecuado. Así que no estamos en un interregno sino en un viaje cuyo origen se remonta a la segunda mitad del XIX. Recordemos que el capitalismo se había tenido que enfrentar a la fuerza contrahegemónica representada por la izquierda revolucionaria. 1917 fue un año clave porque ese fantasma que recorría Europa se encarnó y siempre es más peligroso lo real que un espectro. Las décadas de los 20 y de los 30 del siglo pasado fueron las del uso, por parte del capitalismo, de medios de extrema violencia para aniquilar a ese enemigo; también las de la instrumentalización del fascismo como despiadada fuerza de choque. La conclusión no podía ser más negativa: cuanto más se reprimía a esa izquierda revolucionaria más se incrementaba su fuerza social desde la base. Además, el fascismo se negó a ser simple marioneta y se convirtió en otra amenaza para el sistema capitalista. La Segunda Guerra Mundial fue, entre otras cosas, una oportunidad para lograr acabar con el fascismo y con la URSS ya que se entendía que estos dos se acabarían enfrentando y se desgastarían lo suficiente como para eliminar primero al fascismo y, después, llevar a buen puerto aquello que fracasó durante la guerra civil en Rusia (1917-1923). Pero en Yalta y en Postdam Stalin emergía como el líder fortalecido de una nación que se convertía en superpotencia.

1945. El proyecto capitalista necesita una reorientación. Por supuesto que no se abandona el uso de la fuerza (Doctrina Truman y Guerra Fría); pero, visto que la doctrina del palo no garantiza éxito alguno, es imprescindible construir un método más sutil que requiere tiempo, paciencia, pero puede garantizar el éxito que el otro, por sí solo, no logra. Es en este punto donde el espejismo hace su acto de presencia. El mundo que denominamos democracia liberal no es sino una etapa del viaje del capitalismo en su trayecto hacia la culminación de su proyecto esencial. Por lo tanto, no es correcto servirnos del concepto interregno para comprender nuestro hoy.

Todo régimen tiene sus debilidades y sólo puede sobrevivir si está dispuesto a transformarse de manera continua, a menudo de forma conflictiva y violenta, apoyándose en las experiencias del pasado y en los conocimientos adquiridos. (Piketty, 2019, p. 24)

Estas palabras sintetizan el sentido de ese viaje, exitoso, del capitalismo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPEJISMO

Somos esclavos de nuestra propensión a la mitificación. No nos percatamos de que, si añadimos una simple “s”, la mitificación muta en mistificación. Esta propensión arruina no pocos análisis al modelarlos según un relato que no es, rigurosamente, cierto. Esto es lo que ha definido a ese período de tiempo que denominamos “los treinta gloriosos”. Estos han sido identificados con la etapa de construcción de un nuevo mundo: la democracia liberal y el *Welfare State*, un mundo que ahora suscita no pocas reacciones nostálgicas. Aquellos “maravillosos” años. Sin embargo, sostengo que “los treinta gloriosos” han de ser interpretados como el tiempo de la construcción del espejismo entendido como una mentira tan grande que lograra resultar extremadamente verosímil. “Los treinta gloriosos” fueron años en los que al mismo tiempo que se construía el mundo de “la democracia liberal de mercado” se sembraba la semilla que la derrotaría.

El núcleo de esta estrategia lo encontramos en la aplicación de un marco teórico desarrollado por Edward Bernays, mucho más que un simple publicista millonario y con acceso a la Casa Blanca: “la ingeniería del consentimiento”¹. Para Bernays la democracia, para ser, exige el consentimiento de la ciudadanía. Bien es cierto que este sobrino de Freud ya había evidenciado qué entendía él por democracia cuando en su libro *Propaganda* señala cómo la industrialización, la educación pública y las rotativas habían despojado a los reyes de su poder para dárselo al pueblo. La implantación del sufragio universal hacía del pueblo un sujeto soberano poderosísimo, algo que provocó el pánico de la burguesía. Pero ese tiempo de incertidumbre y temor, sentencia Bernays, ha terminado:

Hoy en día, sin embargo, despunta la reacción. La minoría ha descubierto que influir en las mayorías puede serle de gran ayuda. Se ha visto que es posible

¹ Una aproximación a la dimensión de la ingeniería social puesta en marcha por Bernays la podemos encontrar en el documental dirigido por Leipold en 2017 con el título *Propaganda, la fábrica del consentimiento* para la cadena Arte. Puede verse en <https://www.dailymotion.com/video/x7prtmi>

moldear la mente de las masas de tal suerte que estas dirijan su poder recién conquistado en la dirección deseada [por la burguesía]. (Bernays, 2008, p. 13)

Ante la posible objeción respecto de cómo lograr ese consentimiento de los más a ser dominados, por los menos Bernays responde que el consentimiento se puede fabricar. Sus tesis son fáciles de comprender: lo que mueve a los individuos son las emociones —“Los deseos humanos son el vapor que hace que la máquina social funcione” (Bernays, 2008)— y así lo primero que hay que aprender es que quien desee modelar a una masa no tiene que pensar en complacerla o convencerla sino en manipularla a través del uso científico de la gestión de la dimensión emocional. “La propaganda es el brazo ejecutivo del gobierno invisible” (Bernays, 2008, p. 13) que es el verdadero poder. Bernays, sin citarlo, estaba ya manejando un concepto muy actual: “la emocracia”. Considero que hay elementos suficientes como para sostener que el modelo de democracia liberal instaurado a partir de 1945 siguió el patrón delineado por este hombre, asesor de empresas, urdidor de golpes de estado y asesor de presidentes norteamericanos desde 1917, Wilson, hasta Bush padre (1989-1993), con la salvedad de los presidentes del partido Demócrata y de dos republicanos, Nixon y Ford. Bernays estuvo en el centro de casi todo a lo largo del siglo XX como el siglo “corto” y logró convertir su vida en ejemplo de su teoría sobre el poder invisible, pues aún hoy sigue siendo un gran desconocido para una inmensa mayoría².

Volviendo al espejismo hay que señalar que el objetivo era conseguir derrotar al enemigo del capitalismo minando sus bases, desvitalizando a los movimientos revolucionarios, disolviendo toda conciencia social. El objetivo del espejismo era fabricar e implantar el consentimiento como forma de sumisión inadvertida. Bernays era muy contundente respecto de cómo proceder a una eficaz manipulación: persuadir a la gente sin que sean conscientes de estar siendo forzados por alguien externo a cada uno de ellos y de ellas. La tarea, compleja, iba a contar con un copartícipe necesario: la socialdemocracia. Esta se consideró la fuerza hegemónica que emergía de un mundo en ruinas en 1945 y el mundo que modeló, basado en sus principios, se cimentó sobre errores fatales:

² Abundar en el papel de Bernays como el modelador del sistema de control y dominación bajo la forma de democracia liberal excede los límites de este trabajo. En estos momentos me encuentro realizando una aproximación a este aspecto, tarea compleja entre otras razones por las complicaciones para acceder a fuentes primarias (el grueso de esta información la encontraremos en la Biblioteca del Congreso de los EE.UU.: <https://www.loc.gov/search/?in=&q=EDWARD+BERNAYS&new=true&st=>).

- La socialdemocracia entendió que había domado al capitalismo imponiéndole un giro social.
- La socialdemocracia consolidó aún más su vieja idea de que la democracia y el libre mercado eran un par que sólo existían como binomio.
- Obnubilada por la soberbia, la socialdemocracia consideró que el mundo construido en los “treinta gloriosos” era la meta perseguida, el final de la historia, el mejor de los mundos posibles. Ya no había que hacer otra cosa que conservar lo conseguido y no pretender ir más allá al precio de podernos hacer perder el paraíso.

Y así nació el modelo del *Welfare State*; pero lo que los socialdemócratas no tuvieron en cuenta es que dicho mundo ya había sido diseñado por Keynes en la década de los 30. Le debía más a éste que a Bernstein; pero la socialdemocracia, pensemos que ajena del todo, se convirtió en un cuerpo de “ingeniería del consentimiento”. No es casual que la obra de Bernays justamente titulada *La ingeniería del consentimiento* apareció publicada como un artículo en 1947 y ocho años después como libro. El espejismo se tradujo en una serie de factores: democracia representativa, igualdad de oportunidades, meritocracia, ascensor social —la educación de masas—, la cultura impositiva progresiva y el bienestar entendido como un bien que se puede adquirir en un mercado que extiende a un sector importante de la ciudadanía —la clase media— el crédito como forma de comprar confort a cambio de modelar su identidad en la de deudor. Incluso por vez primera se aprueba un *catálogo* de derechos humanos. Y sobre todo algo fundamental: la libertad se erige en el valor supremo al que todos los demás principios están subordinados. El núcleo del espejismo será esa clase media que es mostrada como la meta posible para quienes se ganen, por el mérito, el acceso al ascensor social. La clase media es mostrada en el escaparate de la democracia liberal como modelo de confort, de éxito. Y lo que es más importante, al potenciarla comienza la disolución de la conciencia de clase sustituida por el poder adquisitivo. Todo ello conspira astutamente para ir erosionando la idea de un “nosotros” como vector de convivencia democrática y su sustitución por un “yo” como imperio indiscutible de la vida. La clase media, además, estaba conformada de tal manera que era un colectivo conservador, aunque votara socialdemócrata. La defensa de lo mío frente a la amenaza de los otros. La argucia era tan grande que a pesar de que parecía que Keynes seguía derrotando a Hayek, en el fondo eran las ideas que éste exponía en su *Camino de servidumbre* las que

anidaban en el imaginario colectivo de la clase media. Muy especialmente aquella en la que el austríaco afirmaba que cuando una sociedad apuesta por la equidad ha de tornarse autoritaria y destruir la libertad, porque sólo así el interés natural de uno por su bienestar puede ser sacrificado en aras de un interés abstracto, el bien común.

¿Realmente la socialdemocracia consideraba que el capitalismo estaba dispuesto a aceptar un modelo social que negaba los fundamentos de su ideología? Voy a plantear la pregunta de un modo más sencillo: ¿de verdad la socialdemocracia creía que el capitalismo prefería la doctrina Keynes al *camino de servidumbre* de Hayek? El error esencial del que parte nuestro hoy se enraíza en no haber entendido que lo que para la socialdemocracia era la aceptación por el capitalismo del mundo democrático gestado a partir de 1945, para las elites del capital solamente era una concesión, una estrategia para ir permitiendo que la ingeniería del consentimiento, por un lado, y el desarrollo de un nuevo modelo sociocultural y económico sostenido en las tecnologías de la información y de la comunicación, por otro, facilitaran una coyuntura propicia para hacer posible el proyecto esencial del capitalismo: el imperio del mundo de los privilegios y la derrota del mundo de los derechos.

LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA

En 1971 se produce un hecho que suele pasar desapercibido: Lewis F. Powell, Jr., juez asociado de la Corte Suprema de los Estados Unidos, envió un memorando confidencial al Presidente del Comité de Educación de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos. El título del documento: *Ataque al sistema americano de libre empresa*³. En síntesis, Powell denunciaba el grave riesgo que corría el capitalismo debido a la excesiva complacencia de las elites políticas y empresariales con el izquierdismo. Urgía pasar a la acción. Este documento se elabora en un contexto concreto: los cambios en la política de defensa introducidos por Nixon que pretende que sean los ejércitos de cada nación los que se enfrenten al comunismo. Entre 1971 y 1976 se producen una serie de golpes de estado en Latinoamérica implantando cruentas dictaduras asesoradas por la CIA y por Milton Friedman y sus *Chicago boys*.

En 1974, un año después del estallido de la Crisis del Petróleo, el Premio Nobel de Economía, instaurado en 1969, se concede a Hayek y en 1976 a Milton Friedman: el neoliberalismo ha derrotado, por fin, al keynesianismo. Incluso Friedman, al visitar

³ <https://www.greenpeace.org/usa/wp-content/uploads/2021/08/PowellMemorandumTypescript.pdf>

la China de Deng Xiao Pin, se asombrará del éxito que tanto sus teorías como las de Hayek tienen en los medios políticos y académicos chinos.

La crisis económica de 1973 fue un campo abonado para romper con el modelo de “los treinta gloriosos”. Se abría el camino hacia la desregulación económica, el debilitamiento del movimiento sindical y el auge de un modelo financiero que todavía se basaba demasiado en potenciar un mercado de consumidores que garantizara la acumulación de beneficios. 1979 es otro momento clave con la subida al poder de M. Thatcher en Reino Unido. Un año después, Reagan alcanza la presidencia de los EE.UU. y comienza a expandirse un conservadurismo cada vez más extremo.

En 1989 “la revolución conservadora” da un gran paso adelante: la caída del Muro de Berlín abre el proceso de disolución del bloque soviético. La izquierda se abisma en el colapso. Como ha señalado Traverso (2019, p. 24): “El neoliberalismo invadió el escenario: nunca, desde la Reforma, una única ideología había establecido una hegemonía global tan generalizada”. Por su parte, la socialdemocracia, que no había sido capaz de defender el *Welfare State* del embate neoliberal, parece dispuesta a subirse al carro de lo que Mark Fisher (2016) denominó “el realismo capitalista” y emerge un Blair y su Tercera Vía en Reino Unido o la época de “la cultura del pelotazo” en la España de Felipe González.

“La revolución conservadora” sólo ha de acabar una tarea: la consolidación de las herramientas precisas para promover un cambio en el sistema operativo de la economía. La globalización y el capitalismo financiero centrado en la especulación irán desarrollándose a medida que el mundo de las TIC nos depare un “milagro” tras otro. A partir de la década de los 90 se abre el tiempo para la implantación de la “algoritmocracia”. He de señalar aquí que el tantas veces citado Bernays muere en 1995. El 11-S de 2001 aportará su granito de arena: las sociedades occidentales se instalan en la cultura del miedo y, ya modelada por la ingeniería del consentimiento, la ciudadanía avala giros autoritarios porque considera que la democracia no es capaz de garantizar la seguridad (la *Patriot Act*, en EE.UU., por ejemplo). 2008. La Gran Crisis. Por un lado, un proceso de ajuste necesario para garantizar el correcto funcionamiento del nuevo modelo económico basado en el “capitalismo de casino”. Por otro, un test para verificar hasta qué punto, la gente, una vez que el espejismo había revelado su verdadero ser, respondería desde la indignación, pero en el sometimiento y la obediencia.

BIENVENIDOS AL MUNDO AL OTRO LADO DEL ESPEJISMO

(...) la dictadura de las finanzas ha dado una descarga incapacitante a la democracia occidental y empujado a vastos sectores de la población a la indigencia y la desesperación. (Berardi, 2021, p. 14)

Marx y Engels afirmaron que todo lo sólido se desvanece en el aire y que todo lo que es sagrado será profanado. Se ha cumplido; pero no tal como pensaban los creadores del marxismo. Más bien al contrario, lo que dimos por sagrado —la democracia, los derechos sociales— ha sido profanado y aquello que parecía sólido —el sujeto soberano— se ha disuelto en una forma de sometimiento totalmente novedosa —el perfil— en el marco de un sistema regido por algoritmos que son la base de la sociedad del control. Desde una perspectiva racional el mundo actual es una anomalía de tal magnitud que uno sólo es capaz de, como ese personaje de una novela, decir: “Dígame, profesor, cuándo empezó esta locura. ¿Cuándo dejamos de entender el mundo?” (Labatut, 2020, p. 177). Así, por ejemplo, en España la reciente Semana Santa ha conocido, en un contexto dominado por la inflación, récords en lo relativo al turismo. Al mismo tiempo, en esa misma España, la pobreza energética subía 7 puntos respecto de 2020, cerca de 10 millones de personas están en riesgo de pobreza y el 20 % de la población más rica multiplica su riqueza por 6 en comparación con el 20% más pobre⁴. La única explicación que encuentro a esta situación es constatar el triunfo de la estrategia del capitalismo basada en la aplicación implementada de “la ingeniería del consentimiento” tal y como la desarrolló Bernays a mediados del siglo pasado.

Siguiendo el enfoque de lo que entiendo puede ser mi aportación al análisis de la sociedad modelada por el Totalcapitalismo, me centraré en el análisis de las consecuencias principales del éxito de “la ingeniería del consentimiento”. Al fin y al cabo, si hoy la democracia liberal es un naufragio, el retorno de los privilegios expulsando a los derechos expande la desigualdad de una forma desaforada, el fascismo *neo* vuelve a reencontrarse con la derecha *neo* o ultra conservadora..., es, sin duda, gracias a la cooperación por activa o por pasiva de eso que un día llamamos ciudadanía (un concepto que hemos de encarnar en un perfil dominado por la cultura patriarcal y blanca). Recordemos la esencia de la teoría de Bernays: el mejor sistema

⁴ Según www.eapn.es

de sometimiento es el que cuenta con el consentimiento de los sometidos y este consentimiento se puede fabricar manipulando aquello que es la base del decidir humano —las emociones— con el concurso de unos líderes que guiarán a la masa allí donde “el gobierno invisible” quiere situarla. Tal vez hay que matizar a Bernays: más que fabricar el consentimiento lo que procede es fabricar a quienes van a consentirlo todo, incluso aquello que va en contra de sus intereses, tanto como grupo social como en su calidad de individuos. Así pues, la estrategia pasa por servirse de los dispositivos adecuados para que las tecnologías del yo modelen, según el patrón previsto, a las personas. Esta operación se ha desarrollado en dos fases y desde el uso de distintos dispositivos.

La primera fase ya opera en los años 60: la construcción de la sociedad de consumo implica la remodelación del sujeto-ciudadano en sujeto-consumista. Engels ya lo había previsto al señalar que el día en el que el proletariado accediera a la condición de propietario de una vivienda la revolución habría sido derrotada. El consumismo, a su vez, nos convierte en clientes hipotecados que confunden el bienestar como derecho social con el confort como posesión de una serie de mercancías. Dispositivos: los medios de comunicación de masas y el marketing.

En la segunda fase, que empieza a operar activamente ya en el siglo XXI, se da el salto definitivo hacia la construcción de un yo que Berardi (2021, p. 97) denomina “autómata cognitivo”. Los dispositivos que ejecutarán esta mutación final son los ligados al entorno de las TIC, pero muy especialmente uno de ellos, el *smartphone*, que ha acabado dando el salto desde ser una herramienta para los humanos a que estos se conviertan en una prótesis de él. ¿Es una casualidad que uno de los *smartphones* más anhelados sea el *iPhone*? ¿Es casual que la primera persona del pronombre personal que en inglés siempre se escribe en mayúsculas —/— acabe reducida a simple prefijo, y en minúscula, del dispositivo correspondiente? (Sánchez, 2020). El individuo se disuelve en un perfil. Recordemos que un perfil, aplicado a un ser humano, es un conjunto de rasgos que definen a esa persona y que determinan su comportamiento en el marco de una situación precisa. La sociedad se convierte en una gran base de datos objetivamente mensurables dispuestos a ser procesados por quienes tienen el acceso a ellos y controlan los instrumentos precisos para manipularlos según un patrón acorde con unas intenciones que se escapan al control de los propios sujetos perfilados. Es el tiempo de lo que Shoshana Zuboff ha denominado “capitalismo predictivo”. Quien logra convertir a los demás en sujetos predecibles se erige en poder totalitario al ser capaz de mapear las conductas

individuales y sociales para poder anticiparse a todo cuanto se derive de ellas. Todo aquello que es predecible deja de ser soberano para convertirse en un automatismo programado que no es consciente de estar siendo controlado a distancia. Todo el poder para el algoritmo.

(...) ahora los procesos automatizados llevados a cabo por máquinas no solo conocen nuestra conducta, sino que también moldean nuestros comportamientos en igual medida. (...) ya no basta con automatizar los flujos de información referida a nosotros, el objetivo ahora es automatizarnos (a nosotros mismos). (Zuboff, 2020, p. 79)

El mundo-red digital desarrolla “el capitalismo del extractivismo cognitivo” al convertir a los sujetos en minas de datos que ellos mismos se encargan de entregar libremente a los gestores que los procesarán. Ya no hablamos de un control forzado por una instancia externa. Estamos hablando de (auto)control en la medida en la que soy yo quien facilito ser controlado. Triunfo del consentimiento como aceptación acrítica de algo que no es sometido a escrutinio alguno por parte de quienes consienten. En los tiempos de la vigilancia el sistema debía forzar a los individuos para que compartieran o confesaran información relevante. La eficacia del sistema de control es que hoy son los individuos los que voluntariamente se prestan a convertirse en sujetos transparentes. Paradoja: en la era de la privatización de los bienes sociales, la privacidad se convierte en una mercancía pública que ofrecemos gratuitamente.

Más allá del individualismo. Se recuerda siempre aquella sentencia de Thatcher: la sociedad no existe, sólo existe el individuo. Era tan sólo un paso hacia un estadio mayor: toda vez que los individuos han sido mutados en perfiles, la sociedad pasa a ser un dispositivo de interconexiones programables. La eficacia de la dominación: la soberanía de los sujetos se disuelve en los códigos algorítmicos. El *Titanic* aceleró su naufragio cuando las relaciones sociales se convirtieron en conexiones. La sociabilidad es un estado de permanentemente conexión con otros perfiles en contextos donde todo lo real se desvanece en su virtualización. Lo virtual nos sitúa en el espacio de la hipersimulación. La realidad entendida como un conjunto de efectos especiales verosímiles: las amistades virtuales en las redes, por ejemplo. Este modelo de sociabilidad se erige en contra de ese otro en el que podían urdirse redes de complicidad que nunca son una simulación. Hoy, el nosotros naufraga en sus simulacros.

Esto, a su vez, se entronca con el triunfo del ruido como mensaje socialmente producido y difundido. No es cierto que la verdad esté en crisis a causa de la llamada *infodemia* y sus *virus-fake* o *news-bulos*. Lo que está en crisis es la autoexigencia de verificación. Triunfo de una credulidad masiva y soberbia en la que los crédulos no admiten que lo son. Ya no estamos en la era de los medios de comunicación de masas tal y como la entendíamos hasta la irrupción del enjambre digital. Los nuevos dispositivos informáticos, especialmente el *smartphone*, trastocan el esquema clásico de la teoría de la información. Ahora, cada uno de nosotros somos emisores, receptores y medios todo a la vez. Pero en un contexto definido por el “instantaneísmo” y el triunfo de la expropiación de la experiencia. La irrupción de la cultura digital ha trastocado las coordenadas básicas de lo humano, el espacio y el tiempo. Todo ha de ser interpretado desde el aquí y el ahora, pero en un marco dominado por la hipervelocidad de los procesos de comunicación y de la sobreabundancia de informaciones-datos. Marina Garcés señala que “lo vivible se nos ha deshilvanado”. Traverso (2019; p. 33) cita a Koselleck para explicar este “deshilvanamiento”. El presente, que para algunos es tan sólo el territorio donde reina el instante —el aquí y ahora—, deja de ser vivido como un punto de intersección entre “un espacio de experiencia” (el pasado) y “un horizonte de expectativas” (el futuro). La experiencia, como reflexión sobre estas dos instancias, deja de ser un valor y nos sumergimos en el FOMO (*Fear Of Missing Out*), o miedo a perdernos algo valioso que discurre vertiginosamente por la pantalla de nuestro dispositivo si dedicamos demasiado tiempo a intentar profundizar en el sentido de las cosas. Y además pensamos que siempre hay algo importante que no es aquello que estamos atendiendo ahora. Capitalismo de la atención. Dos vías de acción: convierte la atención en mercancía que hay que capturar —la estrategia del *clickbait*— y favorece el desarrollo de lo que Berardi (2022, p. 20) llama “explosión de inadvertencia” entendiendo que “inadvertencia no significa ausencia de información (ignorancia), sino reducción de la asimilación consciente de conocimiento”.

Las podremos llamar *fake news*, pero esos bulos no nos convierten en engañados; entre otras cosas porque somos nosotros los que los validamos al convertirnos, desde nuestras redes sociales, en sus difusores. Crédulos inmersos en un pandemonio. Virilio (1999, p. 14) señaló que la opinión pública se despreocupa de la verdad porque está obsesionada “por el efecto del anuncio de un hallazgo”. Esto es lo que rige el funcionamiento del flujo informativo en la era en la que los medios de masas son, ahora, los medios masivos de las masas. El ruido como continuo

bombardeo de noticias, algunas falsas y otras ciertas, que hace de nosotros receptores que inmediatamente han de asumir el rol de emisores. Devaluada la experiencia, todo circula fragmentariamente, sin contexto y avalado por nuestra rendición ante el sesgo de confirmación: creemos todo lo que nos llega al provenir desde canales que son ese ecosistema de la credulidad constituido por los círculos de amistades en red. El crédulo confía en quienes le son próximos porque cree que estos no le engañarían y es cierto, no le engañan, sólo le hacen participar de ese “nosotros” que navegando por el ruido informativo no tiene tiempo para hacerse preguntas. El triunfo del ruido convertido en el mensaje unido a la metamorfosis del sujeto demediado en perfil, mina de datos, consigue imponer un mundo despojado de significado donde todo es porque ocurre, aparentemente, de manera automática y, toda vez que hemos convertido el artificio en lo natural, de forma natural. Si añadimos a esto la suma de otros aspectos, como la metamorfosis de la libertad como desregulación o la imposición de la filosofía emprendedora con sus estrategias mentales, los *coachs*, que en aras de dar relevancia a la autonomía y soberanía de los individuos convierten todo problema social en una responsabilidad individual, el sistema de dominación bajo el modelo inspirado por Bernays derrota todo aquello que un día fue la aspiración en acción por la conquista de un mundo democrático, luego justo. Todo es consentido y como prueba de ello podemos coexistir con un sistema depredador que cada vez produce, como señalara Bauman, más vidas desperdiciadas, más deshechos sociales sin que nada estalle. Es el triunfo total del qué hay de lo mío, fruto del triunfo de una cultura del miedo. Ahora el ascensor social no se ha parado del todo porque, si bien cada vez funciona menos como elevador, esto no supone que lo haga como “descendedor”. El miedo se convierte en un virus paralizante cuando o ya estás sumido en la miseria o en la pura supervivencia o cuando, instalado en tu confort, no dejas de ver, con temor, que mañana tú podrías pasar a forma parte de quienes han sido desahuciados del vivir y convertidos en supervivientes.

Y lo anterior se convierte en tsunami cuando el sistema, en su dimensión puramente económica, ha cambiado su sistema operativo. Como ha denunciado Piketty, aquel mundo en el que la economía se basaba en un binomio, capital más trabajo, que funcionando dentro de un marco de desigualdad permitía asegurar que quien poseía un empleo estaba a salvo de la pobreza, ha desaparecido y hoy el capital, para producir de forma exponencial un beneficio que se concentra de manera casi absoluta en unas *hiperelites*, ya no necesita de la fuerza de trabajo. Depreciación

del trabajo que deja de convertirse en fuente de riqueza que posibilitaba a quien cobraba un salario integrarse en la sociedad regida por la ecuación bienestar igual a consumo. 2008 nos abrió los ojos: el capital financiero es el que dirige el entramado económico en un momento en el que los medios tecnológicos ligados a la cultura digital hacen posible que actúe de manera autocrática como inversión especulativa, es decir, depredadora de todo cuanto puede constituir una fuente de incrementar el margen de beneficios. El tipo más rico del 0,1% más rico del planeta (Arnault), con una riqueza de 220.000 millones de euros, se permite el lujo de no ser el que más cobra en la empresa que él dirige. Al fin y al cabo, para él el salario es dinero de bolsillo y, además, el objeto de una fiscalidad concreta. Sin embargo, sus inversiones bursátiles le rinden año tras año una riqueza que, por lo demás, y mediante la sofisticada ingeniería financiera escapa de las obligaciones fiscales.

EL TRIUNFO DE BERNAYS

Se entenderá que el relato que presento sea tan escueto que no oculta todo aquello que aún quedaría por decir. No es fácil intentar responder a por qué hemos desembocado en el trayecto de la Modernidad en algo que parece oponerse a los principios que regían esta, principalmente el aumento en nuestra capacidad para comprender el mundo y, desde allí, para poder gobernarlo según unos parámetros democráticos.

Bernays ha triunfado: los ingenieros del consentimiento han producido esto de manera masiva y han conseguido conformarnos según este patrón. El gobierno en la sombra, la autocracia antidemocrática y con un fuerte componente ultraderechista, revive la cultura de los privilegios anegando ese mundo —espejismo— que decía pivotar sobre los derechos fundamentales e inalienables de los seres humanos. “No solo el futuro no ha llegado, sino que ni siquiera parece ya posible” (Fisher, 2019, p. 48). La izquierda, como ideología en acción, aparece naufragada en sus viejos vicios —considerar más peligroso a un grupo de izquierdas al que se tacha de “hereje” que al propio sistema capitalista— y en un confucionismo paralizante que desemboca en lo que Marina Garcés (2017, p. 57) denunciaba: “todas las formas de opresión de nuestro tiempo pasan por la aceptación de un ‘no sabemos pensar lo que está pasando ni cómo intervenir en ello’”. Y así, la izquierda se diluye hoy en un giro identitario que le aleja cada vez más de las preocupaciones reales de quienes un día fueron su base social y que hoy, desde esa orfandad, o bien se convierten en cuerpo político de la abstención o migran insensatamente o por venganza insensata, como

sostiene Berardi, hacia las fuerzas políticas de la extrema derecha que desde su populismo ramplón no tienen dificultad alguna para convencer al crédulo airado. Y si no, la izquierda se suma con entusiasmo a la falacia de la red de redes —“ágora de la democracia directa”— como vemos en su acrítico entusiasmo por las primarias masivas realizadas gracias al voto de los militantes que habitan en eso que el marketing económico e ideológico llaman *metaverso*.

Unamos a lo anterior la expansión, en paralelo a la del neoliberalismo salvaje en lo económico, de la vertiente más ultra del conservadurismo en lo relativo a la dimensión política, social y cultural. A veces tendemos a reducir lo que hemos denominado “revolución conservadora” a su dimensión esencialmente económica ignorando que esta es indisociable de la deriva ultra en lo político y en lo social. La llegada al poder de Thatcher en Reino Unido ya supuso un giro ultraconservador en lo político como lo demuestra, por ejemplo, su guerra al sindicalismo; pero será la presidencia de Reagan en los EE.UU. la que abra la vía para la expansión de doctrinas ultraconservadoras (los llamados *neoon*). En junio de 1988, Peter Schultz escribía un artículo en el que sostenía que el final de la era Reagan y el posible ascenso de un candidato demócrata no supondría en modo alguno el ocaso de la ideología ultraconservadora:

El neoconservadurismo sobrevivirá al derrumbe político y mantendrá el dominio que tiene en la actualidad. La derechización de la política norteamericana, impulsada por los novedosos Comités de Acción Política, los tanques de cerebros neoconservadores, ideólogos universitarios y periodistas ideologizados, ha logrado introducir un nuevo consenso en el discurso de republicanos y demócratas, que proyectará su influjo por años, dentro y fuera de EE.UU. (Schultz, 1988)

Una izquierda incapaz de modular un proyecto que la rescate del estupor de la desaparición del bloque soviético ha dejado abierto el campo para un rearme de la derecha que puede desprenderse del maquillaje democrático liberal para volver a su ser: la apuesta por un sistema totalitario. Para ello ha resucitado viejas alianzas, por ejemplo, la que en las décadas de los 20 y 30 del siglo pasado la llevaron a conchabarse con los fascismos o el retorno a modelos en los que se busca el apoyo del fundamentalismo cristiano. Es cierto que hemos de destacar un elemento en modo alguno baladí: la remodelación del fascismo y su reconversión en eso que,

acertadamente, algunos han dado en llamar “fascismo 2.0”. Digo que este asunto no es baladí porque demuestra, entre otras cosas, que han sido estos sectores totalitarios los que mejor han sabido aprovecharse de algo que cuando empezó a ganar espacio en la vida cotidiana fue calificado por no pocas personas provenientes de la izquierda como la gran autopista de la democracia, el nuevo espacio público abierto a toda la gente, la gran herramienta de una verdadera soberanía popular. Me refiero, por supuesto, al mundo de la *www*. Sumemos factores: la izquierda sin proyecto, la derecha ultra aliada con la ultraderecha y con el fundamentalismo cristiano, el triunfo sin paliativos de la credulidad de las masas favorecida por el impacto de lo que cabría denominar ya “electrónica digital del consentimiento”, y el resultado de esa adición no es otro que la infiltración en el imaginario colectivo de modelos de concebir el mundo controlados por los *think tanks* ultraconservadores. La corrosión de la democracia por parte de “la revolución conservadora” ha consistido, fundamentalmente, en un control del sistema desde dentro, la perversión de los valores democráticos como por ejemplo la libertad o la reducción del valor equidad a su simulación a través de la llamada igualdad de oportunidades y de la artera cultura del mérito. Pero el éxito de ese asalto y derribo de la esfera democrática ha contado con la connivencia inconsciente de las fuerzas que debían haberla defendido, empezando por la socialdemocracia que, gustosamente, aceptó la conversión del sistema democrático en una simple relación de mercado, y, continuando por el espectro a la izquierda, de este socialismo descafeinado con una serie de fuerzas que, como ya he señalado, aún no han sido capaces de rehacerse tras el final del modelo soviético. A todo esto hay que sumarle el papel desempeñado por la propaganda, según el modelo diseñado por Bernays, en la conversión de la sociedad de consumo en la sociedad del consumismo y la desvitalización de la identidad política consustancial a la democracia, la ciudadanía, en puros perfiles tanto en su dimensión clientelar como en la vertiente más actual que hace de cada individuo, puro cúmulo de datos, un ente previsible.

Lo anterior me dirige hacia una conclusión que no debe de ser evaluada según la estúpida tendencia a la simplificación absoluta: pesimismo / optimismo. Pensando desde el hoy en una sociedad incontestablemente cautiva de “un dispositivo de dispositivos”, el *smartphone*, consideramos vivir en un *smartworld* que irá a más toda vez que la *IoT* o “Internet de las cosas”, de la mano de la inteligencia artificial, siga en su proceso de colonizar todos los espacios, incluso los más recónditos, de vida. Solemos traducir *smart* por inteligente y cierto, así es; pero también se suele usar este adjetivo anglosajón con un sentido que no debiéramos obviar: “astuto”. Y así, una

forma de entender nuestro presente se resume en estas palabras de Marina Garcés (2018, p. 45): “El hecho decisivo de nuestro tiempo es que, en conjunto, sabemos mucho y que, a la vez, podemos muy poco. Somos ilustrados y analfabetos al mismo tiempo”.

Sin embargo, y esto ya sería materia para otro artículo, no podemos ignorar la irrupción de lo inesperado. Desde enero-marzo de 2020 se abre una nueva fase en la que aún nos encontramos. Es eso que solemos denominar, sirviéndonos de un galicismo, *impasse*. ¿Hacia dónde nos dirigiremos? No soy capaz de responder, pero es cierto que hay signos que no deberían pasarnos inadvertidos como, por ejemplo, ciertas voces que desde el seno de la propia ideología capitalista comienzan a exigir el final del capitalismo financiero, de la especulación y la monopolización extrema de riqueza, el final de la globalización económica tal y como se ha impuesto. Y también el que comience a haber una serie de personas que coinciden con las palabras de Berardi (2021, p. 93): “A la luz de la era Trump, a veces tengo la inquietante sensación de que la victoria de la democracia sobre Hitler fue una especie de *trompe l’oeil*”.

Sea como fuere, queda mucho por hacer para desmontar el sistema que un día pensó Bernays como realizable. La clave, a buen seguro, radica en tomar conciencia de que no se trata de cuestionarnos el futuro de la democracia sino, sobre todo, tomar conciencia de qué democracia queremos construir. No se trata de regresar sino de construir horizontes de expectativas realizables. Y por ahora, mucho me temo, no somos capaces de mirar hacia adelante cabalgando ese interrogante. Miedo y confort. Miedo a perder el confort. Miedo a no poder alcanzar el confort. La miedocracia en la era de la algoritmocracia corroe las fuerzas de una voluntad que debería volver a reencontrarse con lo humano. Y sobre todo el imperio de la credulidad que dinamita toda forma de reflexión crítica y produce situaciones que a buen seguro Cipolla no dudaría en calificar como el triunfo incuestionable de la estupidez (para el italiano, estúpida era toda esa persona capaz de apoyar incondicionalmente decisiones que van en contra de sus propios derechos e, incluso, de sus propios deseos). Sea como fuere, he de admitir que no hay un día en el que no resuenen en mí interior las palabras que escribió Schiller para su drama *Don Carlo*: “contra la estupidez humana los propios dioses luchan en vano”.

REFERENCIAS

- Berardi, F. B. (2021). *La segunda venida. Neorreaccionarios, guerra civil global y el día después del Apocalipsis*. Caja Negra.
- Bernays, E. (2008). *Propaganda*. Melusina.
- Colectivo Cul de Sac (2013). *15 M. Obedecer bajo la forma de la rebelión. Tesis sobre la indignación y su tiempo*. Colectivo Cul de Sac.
- Fisher, M. (2019). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra.
- Garcés, M. (2018) *Nueva ilustración radical*. Anagrama.
- Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Deusto.
- Sánchez, J. A. (2020). De una manzana mordida y un pronombre minúsculo. *laU. Revista de cultura y pensamiento*. <https://la-u.org/de-una-manzana-mordida-y-un-pronombre-minusculo/>
- Sánchez, J. A. (2021). *El virus (otro) en los días del virus. De la corrosión de la democracia*. Visión Libros.
- Schultz, P. W. (1988). La revolución terminó: ¡Ganamos! Neoconservadurismo después de Reagan. *Nueva Sociedad*, 95, 45-54. <https://nuso.org/articulo/la-revolucion-termino-ganamos-neoconservadurismo-despues-de-reagan/>
- Traverso, E. (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Galaxia Gutenberg.
- Virilio, P. (1999). *La bomba informática*. Cátedra.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.